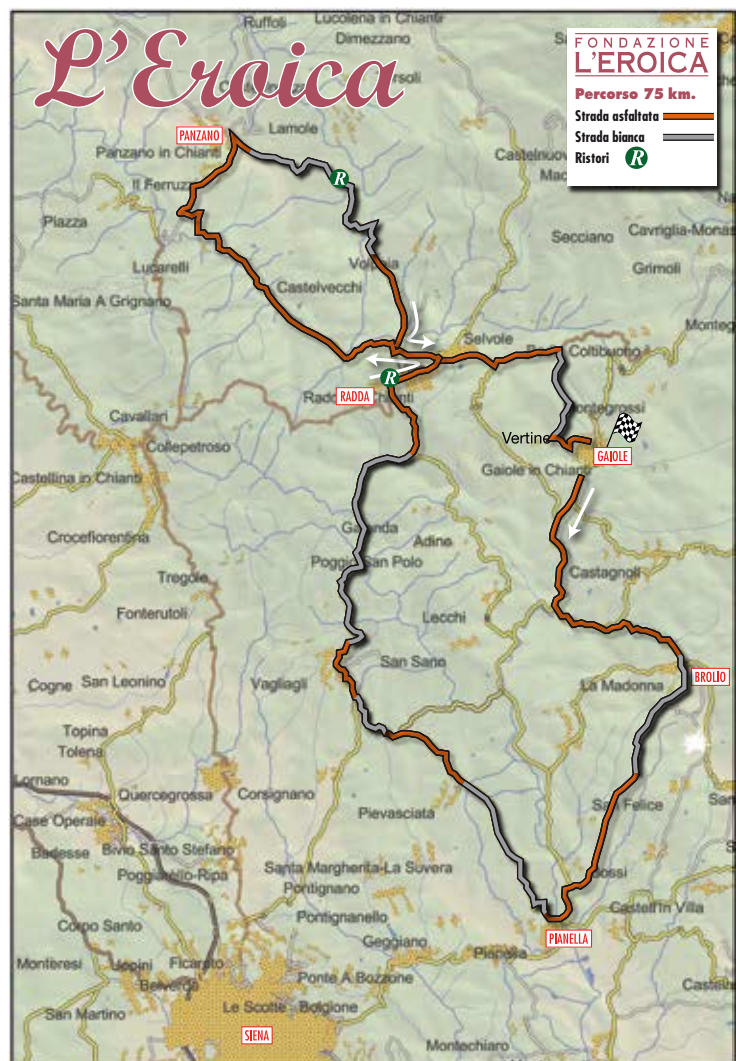




EL WOODSTOCK DEL CICLISMO

LA CARRERA DE BICICLETAS VINTAGE MÁS FAMOSA DE EUROPA FUE CREADA EN 1997, EN ITALIA. ENTONCES SOLO 82 CICLISTAS SE DIERON A LA AVENTURA POR CAMINOS POLVORIENTOS DE LA TOSCANA. EN SU EDICIÓN NÚMERO 17, LA CIFRA DE PARTICIPANTES REUNIÓ A MÁS DE CINCO MIL PEDALISTAS AFICIONADOS DE 40 PAÍSES. DONJUAN TUVO UN REPRESENTANTE.



Con salida y llegada en Gaiole in Chianti, L'Eroica es un viaje al pasado, en bicicleta, por caminos destapados. Paralelo a la carrera, en este pueblo italiano, se hace un mercado de partes, como manillares artesanales o ruedas de madera, uniformes, gorras y un sin fin de souvenirs.

El gran día, el primer domingo de octubre, los participantes se dividen y salen del pueblo en grupos que comprenden cuatro recorridos: 38, 75, 135 ó 205 kilómetros. Todos los que tomarán parte en la prueba van vestidos como pedalistas de otras épocas, con sus maillots vintage o réplicas de sus equipos favoritos.

EL CICLISMO ESTÁ CAMBIANDO. Medidores de potencia. GPS. Audífonos en los oídos para seguir las órdenes del entrenador desde el carro acompañante. Equipos de comunicación que dicen qué hacer o en qué momento atacar en carrera. Científicos que todo lo miden, que todo lo suman, que todo lo restan. Y ni hablar de las ayudas químicas o médicas, fuera de lo legal, para mejorar o empeorar el rendimiento.

El ciclismo cambia pero hay una raíz. Pedalear contra la naturaleza. El hombre siempre estará solo contra el mundo. Aquí se trata de darle a los pedales y

volver al lugar de salida: Gaiole in Chianti. Amanece en la Toscana. Son las 7:10 de la mañana del domingo 6 de octubre de 2013. Hace un día espléndido para montar en bicicleta. Los primeros rayos de sol caen suavemente sobre las colinas y calientan los viñedos que caracterizan esta región en el centro de Italia.

Es un domingo perfecto de otoño en este pueblo a medio camino entre Florencia y Siena para vivir el encuentro retro-vintage de ciclismo más grande del mundo. Por todos los lugares de Gaiole in Chianti hay carros o caravanas que buscan sitio para parquear. Mientras las carpas y tiendas se van levantando sobre el césped del campo de fútbol, algunos ciclistas ya están rodando por las carreteras de este poblado de tres mil habitantes.

Todos los que tomarán parte en la prueba van vestidos como pedalistas de otras épocas. Todos con bicicletas anteriores a 1987. Es un desfile de marcas desaparecidas y otras que aún se mantienen en el pelotón: Bianchi, Gios, Raleigh, Legnano, Colnago, Mercier, Puch y un largo etcétera. Otros más osados, de bigotes y barbas, visten prendas que recrean la nostalgia de los primeros años de la bicicleta y el ciclismo como competencia, a finales del siglo XIX y comienzos del XX.

Todos los que estamos hoy aquí, hemos aterrizado en Italia para disputar L'Eroica. Una carrera cicloturística. Un festival que rinde homenaje a la bicicleta, al ciclismo y, claro, a los héroes de este deporte, durante una semana. "Esto es el Woodstock del ciclismo" dice uno de los cinco mil trescientos ciclistas inscritos en la edición número diez y siete. Se llama John. Un californiano que ha cruzado el Atlántico para montar su Legnano de 1950. Una bicicleta olvidada que, después de comprar por unos pocos dólares, él mismo ha logrado ponerla a punto y tenerla como la misma que en su día montara la leyenda italiana Gino

Bartali. Vestido de maillot verde y cuello doblado de color rojo con la firma de Legnano en su pecho, John imita a su ídolo.

L'Eroica es eso. La resurrección de mitos y leyendas. La carrera fue creada por Giancarlo Brocci. El gran día, el primer domingo de octubre, los participantes se dividen y salen en grupos que comprenden cuatro recorridos: 38, 75, 135 ó 205 kilómetros.

En 1997, cuando se realizó la primera edición, apenas 82 fueron los pioneros que se le midieron a esta aventura. Una de las características principales de las cuatro distancias a recorrer en la carrera son los

trayectos de Strade Bianche (carreteras blancas), que no son otra cosa que caminos secundarios, que atraviesan los viñedos y cultivos de la Toscana. Rutas sin asfaltar en las que las piedras, la tierra y arena son los protagonistas. De ahí que algunos participantes se atrevan, impulsados por una que otra Peroni o varias copas de vino de la región, a decir que La'Eroica es la Paris-Roubaix del cicloturismo.

Salida y carrera

Mi dorsal es el 5222. Elio -un tipo vestido con la camisa azul y negra del Jolly Cerámica, equipo de la década del 70 en el que compartieron año (1974) el italiano Giovanni Battaglin y el boyacense Rafael Antonio Niño- me cuenta que enmarcará el suyo. El número que lleva en la bici y el pasaporte que sellará en los distintos controles de la carrera y lo colgará en la sala de su casa en Turín. Elio hará 135 kilómetros. Yo haré 75. Apenas la distancia para un ciclista cuarentón que de niño subía la bici de su padre, una Philips, en un par de taburetes para soñar que corría el Giro o el Tour en Palmira.

Lucir un dorsal es sentirse libre... Así sea solo por un día. Más, si se va en bicicleta. La mía de hoy es una Moser, talla 56. Tiene dos platos: el grande, de 52 dientes, y el pequeño, de 42. Complementa-

do con un juego de cinco coronas de piñones: 13, 15, 17, 19, 21. La bici debe su nombre al múltiple campeón italiano Francesco Moser. Un héroe en este país que ganó, entre otras carreras, el Giro de Italia de 1984, tres veces la Paris-Roubaix, y fue campeón mundial de ruta. Como lo pide el reglamento "eroico", es una bici anterior a 1987. Los cables de los frenos están por fuera de la tubería, otra exigencia de la organización. Y el sillín es un San Marco Concor, cubierta de cuero negro. El mismo con el que Giuseppe Saronni, en 1982, le ganó a Greg Lemond y Sean Kelly el campeonato mundial de ruta profesional de Goodwood (Gran Bretaña).



Son las 8:45 de la mañana del domingo 6 de octubre de 2013. A las 5, aún a oscuras, desde la Piazza Ricasoli, salieron los más valientes. Ellos harán 205 kilómetros. Luego, a las 7 salieron quienes pedalearán los 135. Ahora yo camino lentamente en una procesión de ciclistas que llevan de la mano su bici, rumbo al sitio de partida. Aunque es una prueba aficionada y de turismo no deja de haber nervios. La idea es que los grupos, de los 38 y 75 kilómetros comencemos a salir a las 9 en punto. Así lo hacemos.



Algunos participantes más osados, de bigotes y barbas, visten y usan prendas retro que recrean la nostalgia de los primeros años de la bicicleta y el ciclismo como competencia, a finales del siglo XIX y comienzos del XX. Así L'Eroica no solo es una carrera sino un festival. Una especie de Disneylandia para los amantes de la cultura del ciclismo.

En la salida está el mismísimo Francesco Moser. Lleva una bicicleta como la mía. Con su apellido en el cuadro o marco. Es azul. Nos hacemos una foto. El italiano señala mi maillot de Café Colombia, el mismo que vistieron Lucho Herrera y Fabio Parra para la temporada de 1985. Moser me pregunta si soy de Colombia. Le bromeo que no. "Soy

de Palmira". Y me dice: "¿Palmira? En mis años de profesional tuve un gregario muy bueno, se llamaba Palmiro Masciarelli. Nos estrechamos la mano y nos deseamos suerte. Le pido un consejo. "¿Un consejo? Corre como Palmiro, con el corazón", responde y termina la conversación. A Moser ni siquiera pienso en seguirlo. Es mucho nivel para mi condición.

La salida es lenta. Somos muchos. Es difícil mantenerse en el pelotón. Las ruedas se rozan unas a otras. Y aunque vamos despacio, sería muy fácil caer y causar un enredo. Nadie lo quiere hacer y quedar como el más aficionado de los aficionados. Se sale por el sur de Gaiole in Chianti en dirección a La Madonna a Brolio. Toco mi bolsillo para revisar que tenga el mapa de la ruta, un banano partido en dos mitades, un sándwich de pan, salami y queso. Fijo mi botellín al porta bidones.

Esa es otra característica de esta competencia: no hay barras energéticas ni glucosa en forma de gel que te brindan fuerza de último momento. Aquí la comida es a la antigua. Hay distintas paradas, al finalizar los trayectos más difíciles en los que hombre y mujeres vestidos a la vieja usanza nos reciben en zonas de avituallamiento con fru-

ta de la región (uvas, manzanas y naranjas), tostadas con aceite de oliva, pan bañado con vino y azúcar. Salami, prosciutto y queso. Vino, cerveza y agua para beber. La misma alimentación que los ciclistas de antaño consumían antes, durante y después de una prueba.

Unos pocos kilómetros, después de la salida, dejo pasar a unos sesenta ciclistas, y tomo la rueda de un par de japoneses que montan un tándem. Una bicicleta provista de dos asientos. Parecen gemelos que visten pantalón negro, maillot verde y tienen casco de cuero con gafas tipo aviador. Cada uno lleva cruzado

entre pecho y espalda un tubular extra, que le da verosimilitud a su puesta en escena de ciclistas del pasado. Por su aspecto, a mí se me parecen más a los pilotos de los Zeros, los aviones caza de combate del Japón en la Segunda Guerra Mundial. El ritmo de mis dos coequiperos orientales no es de mi gusto. Van gastando mucha energía, que quizás necesitarán adelante para subir hasta la Madonna. Hasta allí son los primeros 12 ó 15 kilómetros.

UN CAMINO Y UNA SUBIDA que ya conocía, de camino a San Regolo. Así que decido tomármelo con calma y hacer lo mismo que haría cualquier novato en cualquier carrera de bicicletas: seguir a los veteranos del pelotón. Sigo la rueda de uno que luce el amarillo y azul de los helados Sammontana. Peda-

lea suave y no se esfuerza. Tiene una cicatriz que sobresale por su gemelo derecho y que se pierde entre la media y el zapato. Lo sigo y dejamos atrás el Castillo di Brolio. Allí, a un lado de la carretera, veo un sinnúmero de ciclistas, entre ellos, los japoneses del tándem, acostados sobre el pavimento. Respiran pesado. Están muertos. La primera cuesta les ha cobrado cuenta.

Ahora, el asfalto desaparece y le da paso a la tierra y las piedras. El camino se estrecha al comenzar la subida a Madonna a Brolio. Cada ciclista empieza a luchar por su espacio y línea de carrera. Me paro en los pedales por primera vez. Más que decidirlo es una cuestión natural para poder ascender. Sentado no podría. Cualquier cambio o desarrollo entre plato y piñones de hoy en día permitiría subir esta colina sentado. Pero los cambios que llevamos son anteriores a 1987. Otra época. Así que es mejor ir de pie sobre los pedales. El sonido de las cadenas cambiando de platos y piñones es música en los oídos de los participantes. Muevo mi palanca de cambios y montó un plato 42 con piñón 19. La relación me permite ir sin problemas mientras otros ponen pie en tierra, como si subiéramos un muro de una clásica belga. Este es el primer sector destapado y polvoriento de los cinco que tienen los 75 kilómetros de mi categoría. El ciclismo es placer pero también sufrimiento. Paso la primera prueba dura de este domingo.

En medio de un pelotón de más de ochenta pedalistas, dejó atrás Madonna a Brolio. Miro a lado y lado y solo veo ciclistas de todos los rincones del mundo. De acuerdo con los organizadores, los más de cinco mil ciclistas inscriptos para esta edición de L'Eroica han llegado de 40 países. Los cinco continentes están presentes. Gran Bre-

Para participar, se montan bicicletas anteriores a 1987. Algunas recuerdan la antigua máquina con la que Maurice Garin ganó su primer Tour de Francia en 1903 o la bici con la que Luigi Ganna se llevó la "prima edizione" del Giro de Italia en 1909. Esa época que muchos conocemos por lo que hemos visto gracias al celuloide que filmaba en blanco y negro o por las historias y leyendas que escribían los cronistas de entonces.

Es un desfile de marcas desaparecidas y otras que aún se mantienen en el pelotón: Alan, Bianchi, Benotto, Gios, Raleigh, Legnano, Bottechia, Colnago, Pinarello, Mercier, Puch, Motobecane y un largo etcétera.



dades o tomar una fotografía a la orilla del camino, puedo ver que pasamos Pianella, Valgliali y llegamos a Rada di Chianti. Recorremos zonas de ascensos medios y descensos rápidos sobre tres tramos de carreteras destapadas. En algunos se alcanzan los 75 u 80 kilómetros por hora. La vibración en los descensos es tanta, que ya no siento mis manos. Están dormidas. Necesito comer y descansar unos minutos. Son las 11:50 de la mañana en Rada. Allí los ciclistas arriban uno a uno, a la plaza del pueblo, frente a la iglesia, en donde esperan un grupo de delegados de la carrera para sellar y firmar sus pasaportes de ruta. La comida es abundante. Después de 40 kilómetros, aprovecho para comer y beber, regla básica para sobrevivir en el ciclismo y terminar cualquier carrera.

RESTAN 35 KILÓMETROS. LA PARTE MÁS DIFÍCIL CON UN TRAYECTO por una angosta carretera polvorienta, con una inclinación de más del ocho por ciento. He quedado solo. De nuevo me pongo de pie sobre los pedales. Plato pequeño de 42 dientes y piñón de 21. Me muevo en zig-zag por la carretera en busca

de mayor agarre de mis ruedas, pero el esfuerzo es inferior al terreno. Como muchos, pongo pie en tierra. Decido caminar y observar los alrededores de Gaiole in Chianti. “El más idílico lugar para vivir en Europa”, según Forbes Magazine. Tienen razón.

Tomo ruta hacia el último tramo de carretera destapada que comienza en Vertine y me dejaré a puertas de Gaiole in Chianti. El descenso es muy veloz. Las manetas de los frenos chirrían en cada curva. Tanta confianza llevo que, bajando, hago el conocido “perico delgado”. Adelanto la cabeza sobre el manillar, casi lo muerdo. Me paro sobre los pedales y levanto el culo lo más alto posible. Busco una posición aerodinámica que me dé más velocidad. Recuerdo ver al español Pedro ‘Perico’ Delgado haciéndolo en el Tour de Francia de 1983, hasta que en una curva cayó y se rompió la clavícula. A diferencia del corredor español, tengo suerte. Solo hubo un momento en que, por la arena, la rueda trasera resbalo y casi muerdo el polvo, pero rectifico el movimiento y seguí hasta llegar a Gaiole in Chianti.

Entro por Vía Ricasoli, cuando las campanas de la iglesia retumban y anuncian las 3 de la tarde. A lado y lado, aplauden tanto la gente del pueblo como los llegados de todas partes. Cruzo la tela-meta que cuelga en lo más alto con la palabra Traguardo. He finalizado mi primera Eroica. Todavía queda mucho domingo para que terminen de llegar los que hacen los 135 o 205 kilómetros. Algunos lo harán bajo la oscuridad de noche. Pero eso no interesa. Lo realmente importante es atravesar la línea final de la prueba y confirmar esa vieja premisa que dice que el ciclismo es solo para sobrevivientes. L’Eroica y Gaiole in Chianti dan constancia de ello. 📍

▲ Y es que la fiebre del ciclismo de época ha crecido en los últimos años. Además de L’Eroica, en Italia se corren otras carreras semejantes como L’Intrepida, L’Storica, L’Etrusca y L’Irronica. Y hasta ya celebran un Giro de Italia de Época, que sería algo como si en Colombia hicieran ahora una Vuelta a Colombia con las bicicletas y ropa con las que competían Ramón Hoyos Vallejo o Efraín ‘El Zipa’ Forero.